
PANEGÍRICO
DE SAN CECILIO, OBISPO Y MÁRTIR.

*Ego elegi vos... ut eatis et fructum affe-
ratis.*
Yo os he elegido para que hagais fruto.
(JOANN. XV, 16.)

Estas notables palabras intimadas por Jesucristo á sus apóstoles, en ocasion de encargarles el ministerio del reino de Dios, y de darles reglas fijas para recoger el fruto de su predicacion, á pesar del odio y persecucion de los mundanos; estas palabras, repito, al paso que nos manifiestan con claridad, las previas disposiciones que el Señor exige en los que han de anunciar su Evangelio á los pueblos, para que la divina palabra produzca su fruto, nos presentan el fundamento del verdadero elogio del héroe cuya memoria hoy celebramos. Hablo de S. Cecilio, obispo y mártir, apóstol, patron tutelar de Granada.

A pesar de la escasez de noticias que en el dia conservamos de su preciosa vida y trabajos apostólicos, le vemos revestido del verdadero carácter de ministro fiel de la palabra que describe Jesucristo en las expresiones de mi tema. Una verdadera vocacion y una exacta correspondencia á ella son las dos indispensables calidades que Dios exige en sus ministros; y estas mismas son las que caracterizan á Cecilio. Esta será la materia de su elogio, dividido en dos breves reflexiones. En la primera os haré ver su legítima vocacion; y en la segunda su fidelidad al ministerio apostólico. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. *Ave Maria.*

La sabiduría de Dios, cuyos designios y divina economia son impenetrables á la razon humana, para confundir las luces de los sábios y la prudencia de los políticos, segun el mundo, hace á veces

eleccion de personas, al parecer inútiles, para los altos fines á que las destina. Con efecto; cuando se propuso la reforma del universo, sumergido á la sazón en las más espesas tinieblas de error y de ignorancia en materia de religion y de costumbres, no hizo eleccion de personas ilustres, recomendables á la sociedad por sus talentos, su esfuerzo y sus riquezas, sino de unos pobres pescadores, ignorantes, sin política, bárbaros, como los llama el Crisóstomo, é ineptos, segun las miras humanas, para avanzar una conquista tan difícil. Mas como las obras y designios del Señor distan infinitamente de las del hombre, su misma eleccion sirve de base al acierto en el desempeño del ministerio á que Dios destina al sujeto.

Por falta de esta eleccion de parte del Señor se ven de ordinario frustrados los planes de la humana política, confundida la sabiduría de los sábios, segun la carne, y trastornado el órden de la sociedad. Ésta consiste en un cuerpo organizado, cuya economia no puede subsistir sin que sus diferentes miembros ocupen el lugar que les corresponde, segun las miras de la Providencia, que prescribe á cada uno su grado y sus funciones. En esta hipótesis, será un cuerpo sano y robusto, cuyas partes colocadas con analogia á sus usos, conservarán una entera armonia, se auxiliarán mutuamente, y mirarán de acuerdo á la conservacion del todo. Desde el cedro hasta el hisopo, es decir, desde el más alto monarca hasta el infimo plebeyo, todos contribuirán al bien de la sociedad. El principe será obedecido de sus súbditos, y él mismo obedecerá las leyes establecidas. El ministerio, apoyando las intenciones del soberano, trabajará por su gloria y por la felicidad de los pueblos. Las escuelas públicas, bajo la direccion de maestros elegidos por el Cielo, difundirán por todas partes el gusto de las ciencias y el amor á la virtud. El afecto al principe y á la patria hará mirar la milicia como una escuela de honor. El comercio, semejante á estos rios caudalosos que fertilizan las campiñas, llevará por todas partes una feliz abundancia. Las artes útiles proveerán á las necesidades del ciudadano. Se darán los empleos con respecto al mérito. En una palabra, los talentos y la virtud serán la única escala para la exaltacion.

Por el contrario; si los hombres resisten el órden de la Providencia; si para elegir estado, dice un sabio, toman solo consejo del capricho, del interés ó de las pasiones; si las manos formadas para las armas se apoderan del incensario; si manda los ejércitos el que debia ser pastor de los pueblos; si los oráculos de justicia se confían á lenguas destinadas al silencio; si las escuelas son dirigidas por maestros solo á propósito para engrosar el vulgo; si los que nacen para obe-

decer se apoderan de la autoridad; ¿qué podrá resultar sinó caos, una confusion, un trastorno general? Basta, en efecto, que el hombre se ingiera á ministerio á que Dios no lo llama para que yerre en su desempeño, y que en lugar de edificar destruya. Por este principio universal de vocacion al estado debemos, pues, formar idea de la eleccion para fiel dispensador de los misterios de Dios: porque, aunque todo sacerdote deba, segun el Apóstol, ser tomado de entre los hombres, es necesario que sea llamado por el Señor, como Aaron. La vocacion de Jesucristo al sacerdocio es el modelo de las vocaciones legítimas. El Salvador, dice S. Pablo, no entró por su propio movimiento en el honor del sacerdocio; pues, así como el pontífice del Antiguo Testamento no entró sinó llamado por Dios, así tampoco el pontífice de la Ley Nueva quiso recibir esta gloriosa cualidad sin haber antes oído: Tú eres mi hijo muy amado... Tú eres el eterno sacerdote, segun el órden de Melquisedech. Corresponde, pues, exclusivamente á Dios, que escruta los corazones, que es solo el que conoce los que son suyos, y el único que penetra los pensamientos de los hombres, la eleccion y vocacion de los dispensadores de sus misterios y palabra. Y hé ahí, hermanos míos, el fundamento y primer título del heroísmo de S. Cecilio.

Santiago el mayor, este hijo del trueno (como le llamó Jesucristo), en su rápida expedición á España, despues de la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico, entre otros varios discípulos que convirtió á la fé del Salvador, fué uno S. Cecilio. Despues del gran suceso del Pilar de Zaragoza partió á Jerusalén con su maestro, á quien llamaba Dios á la corona del martirio. Aquí fué testigo de la gloriosa y temprana muerte de aquel apóstol en defensa de la religion del Crucificado; y aquí parece que, como otro Elias á Eliseo, dejó su doble espíritu Santiago á Cecilio. Pasado algun tiempo se transfirió á Roma con algunos de sus condiscípulos, estando ya en aquella capital del mundo los apóstoles S. Pedro y S. Pablo. Ordenáronle y consagráronle obispo con otros seis apostólicos, y todos fueron destinados á España á evangelizar el reino de Dios. Cecilio oye la voz del Señor como otro Samuel, y obedece como otro Saulo.

Dióse bien presto á la vela para Andalucía. Arribó al puerto de Almería ó al de Aguilas, y marchando con pasos de gigante, procuró internarse á buscar el centro de su mision apostólica. Llegó á la famosa colonia Acci, hoy Guadix. Aquí empezó su carrera y su persecucion. Celebraban los gentiles á la sazón su fiesta á Marte ó al Sol, bajo el nombre de *Neion*; y conociendo que los apostólicos eran extranjeros y de extraña religion, los persiguieron para quitarles la

vida. Pero, habiendo llegado al famoso puente que estaba sobre el rio *Fardes*, dispuso la divina Providencia que se hundiese, sumergiendo en sus aguas á los perseguidores, apenas pasaron los apostólicos, como las del mar Rojo á los egipcios, que perseguian al pueblo de Dios. De resultas obró el Señor la conversion de Luparia, matrona principal, á cuyo ejemplo se convirtieron otros muchos, y empezó á brillar en Guadix la fé del Salvador por medio de sus operarios. Aquí se dividieron estos varones apostólicos, cada uno fué al distrito que el espíritu de Dios les sugirió; y todos, á excepcion de S. Segundo, que pasó á Avila, se derramaron por la Bética ó Andalucía. Dios, que los había llamado al ministerio de su palabra, inspiró á cada uno su diócesis ó territorio en esas vastas provincias, no ménos feraces en errores y vicios que en frutos y riquezas. A Cecilio tocó Liberi y su distrito; y como ciervo que busca presuroso las fuentes de las aguas marcha para ella. Las montañas más ásperas y escarpadas le parecen espaciosas llanuras sembradas de olorosas flores.

Entra, pues, en Liberi, ciudad populosa, literata en materia de mitología, y que con el motivo de haber arribado á sus costas tantas naciones extranjeras, atraídas de la riqueza de sus minas y fertilidad de su suelo, había adoptado sucesivamente el culto, ritos y falsas divinidades de los fenicios, de los griegos, egipcios, cartagineses y romanos. Osiris, Isis, Priapo, Pluton, Marte, Venus, Rhea, Djana y otros insulsos personajes eran objeto de su culto. ¿Qué más? los ajos, las cebollas, los más y los insectos eran divinizados, y aun al demonio mismo se ofrecían víctimas humanas. Las costumbres seguian el paso de la religion. La rapiña, el dolo, la ambicion, la avaricia y demás vicios capitales, se graduaban de materia indiferente ó de la moda, como en nuestros días. Todo era licito ménos el ser justos. Al cultivo de esta selva llena de malezas, de esta viña inculca, que solo producía espinas y abrojos de los más horrendos crímenes, envió el gran Padre de familias á este obrero á evangelizar su reino y recoger su fruto; y aquí fué donde Cecilio manifestó su fidelidad á la vocacion de Dios. Seguidme atentos.

Cecilio entra en Liberi como un cordero entre lobos; pero fiel á su vocacion, fiado únicamente en Aquel que prometió palabras y energía á los que evangelizan su doctrina, sin temer á los que solo tienen potestad sobre el cuerpo, salió desde luego á manera de un rio caudaloso, que inunda y fertiliza las campiñas, á sembrar el grano del Evangelio en los incultos campos de esta capital y su distrito. ¡Qué hermosos fueron, Dios mio, los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes eternos! Los oráculos enmudecen, los ídolos caen por

tierra como á la entrada de Jesucristo en Egipto; la usura, la mala fé, los vicios capitales, ó se ocultan ó desaparecen; el estandarte del Crucificado se enrolla sobre las ruinas de la idolatría; y la mansion de los demonios se convierte en casa de Israel; el pueblo que yacia en tinieblas empieza á gozar de la verdadera luz, que es Dios.

Mas ¿quién será capaz de anunciar dignamente la fidelidad de Cecilio á su vocacion, los esfuerzos de su celo y su constancia en hacer cierta y fructuosa su eleccion al ministerio? ¿Qué solicitud ignala la de un hombre, que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo? ¿que bastaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos? Hecho todo para todos, como otro Pablo, trabajaba sin cesar en el cultivo de esta viña silvestre que el Señor le habia confiado, para rendirle el fruto á su debido tiempo, como siervo fiel y prudente; y nada deseaba tanto como ser anatematizado por sus hermanos.

¡Victima preparada del cielo! lograrás tus designios; morirás con la gloria de mártir de Jesucristo; pero tendrás ántes la gloriosa satisfaccion de haber establecido entre las malezas del gentilismo una viña fructifera, una metrópoli cristiana, que ha permanecido visible y constante en la fé del Salvador desde su fundacion, á pesar de la entrada de los bárbaros del Norte y de la inundacion de los mahometanos, que poseyeron esa capital cerca de ocho siglos. Sobre tan sólidas bases la dejó Cecilio fundada. Efecto consiguiente de su vocacion, para decirlo así; pues, el ^{to} ~~na~~ no que lo eligió para recoger el fruto de su palabra, le concedió la gracia de que fuese permanente. A la solidez y estabilidad de este edificio espiritual contribuyó no poco el ilustre testimonio que dió de Jesucristo con su sangre. Los sacerdotes de los ídolos conspiraron contra Cecilio y su Cristo, le persiguieron, le acusaron al magistrado, y le hicieron morir en una hoguera; martirio análogo al fuego del amor de Dios y de su verdadera fé que interiormente la abrasaba.

Hé ahí, hermanos míos, un breve rasgo del precioso apostolado y frutos de vida eterna que recogió Cecilio en Granada. Llamado por Dios al ministerio, correspondió con fidelidad á su vocacion; medios únicos de adquirir y conservar el honor del santuario. Si generalmente se adoptasen, habria ménos Balaanes que prócurasen maldecir al pueblo de Dios; ménos Jonadaes, que injuliesen á horrendos crímenes á los nuevos Amnones; ménos Aquitofeles, que adulasen á los Absalones; ménos Artajerjes, que se opusiesen al culto y reparacion de los templos. Ni veríamos con dolor tantos Datanos y Abiro-

nes, tantos hijos de Heli, tantos Heliodoros, que sacrilegamente los roban y profanan. Atendamos, pues, os ruego, á la piedra de donde fuimos cortados: si nos gloriamos de hijos de Abrahán, que sean de Abrahán nuestras obras; hagamos cierta nuestra eleccion y vocacion al sacerdocio con un celo digno de Dios, principalmente en estos dias lúgubres, en que nuestra madre la Iglesia es batida en brecha por sus más furiosos enemigos; hagamos frente con pecho apostólico al torrente de iniquidad que nos rodea, y conservemos fieles, á imitacion de Cecilio, el sagrado depósito de la fé y sanas doctrinas de nuestros padres, hasta agonizar por la justicia. Obrando así alcanzaremos la corona de la gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN CIPRIANO, OBISPO Y MÁRTIR
Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

*Mano comedit gradam, vespere dividet
spolia.*

Devorará la presa por la mañana, y por
la tarde repartirá los despojos.

(GEN. XLIX, 27.)

Por más que ensalzemos las misericordias de Dios para con su Iglesia, jamás alcanzaremos á elogiarlas debidamente. Por más que contemos sus divinas bondades, imposible nos será conocer su número. Más fácil nos sería medir la altura del firmamento, calcular todas esas inmensas distancias del universo, llamar por su nombre á cada una de las innumerables estrellas, que el referir y conocer todos los beneficios que el Señor ha hecho y hace continuamente á su Iglesia. No solo su Fundador divino la asiste continuamente por el Espíritu Santo, consumidor de la grande obra de la regeneracion, y vivificador de todo lo que tiene sér sobrenatural; no solo la lleva entre sus paternales brazos, la cubre con su majestad, y la protege con su poder, sinó que lleno del amor más vehemente, y de la más tierna solicitud, la cuida y la guarda como á las niñas de sus ojos, segun expresion de la Escritura. En ninguna época se ha mostrado más al vivo esta tierna solicitud, que en los primeros siglos del cristianismo.

Es imposible desconocer en todos los sucesos de la Iglesia la mano visible del Todopoderoso. Una doctrina nueva para el imperio romano, una moral pura, severa, repugnante en extremo á las inclinaciones de la naturaleza corrompida; una filosofia sublime, sobrenatural, divina. Esto respecto del fondo de la religion cristiana. En el paganismo, una doctrina grosera, inveterada é inoculada en todas las instituciones del imperio desde su fundacion; una moral sensual,

una creencia que divinizaba el vicio, haciendo de criminales célebres otros tantos dioses; una filosofia sonora, retumbante, vana, brillante, nada sólida. En los cristianos se veian hombres virtuosísimos, de costumbres austeras, que no admitian en el seno de la divina religion sinó á los muy probados por medio de expiaciones duras y penitencisimas. Por lo demás, ninguna influencia social en las masas, sinó por sus virtudes altamente civilizadoras; muy pocos potentados, y aún éstos se reducian á una voluntaria pobreza cuando profesaban la santa religion cristiana. En los paganos, al contrario, el poder, las riquezas, el mando, la influencia social y el absoluto dominio.

De parte de los gentiles, persecuciones atroces y continuas contra los cristianos; desde el emperador hasta el último soldado, todos eran enemigos y verdugos de éstos: su nombre solo bastaba para que todo súbdito del imperio romano se creyese autorizado á ejercer contra aquéllos toda suerte de violencias, y aún hasta la muerte misma. Los cristianos correspondian á tanta tiranía y crueldad con la paciencia, la oracion, el perdon y el martirio.

El siglo tercero de la Iglesia fué uno de los más críticos para ella. Persecuciones á muerte en lo exterior; cismas, herejías, falsas doctrinas y celo indiscreto en lo interior: hé ahí lo que presentaba el estado público del cristianismo. Si Dios no lo hubiese asistido visiblemente, hubiera perecido sin remedio. Pero el Señor, que cuida de la Iglesia santa, no duerme, siempre está de vela. En aquellos críticos momentos, Dios suscitó muchos y santos varones que defendieron la ciudad y el santuario eterno. Entre esos varones, uno de los más ilustres fué el glorioso S. Cipriano, cuyos cultos celebramos en esta solemnidad. De Cipriano, sábio gentil y filósofo idólatra, hizo Dios para su Iglesia un gran prelado, un doctor esclarecido, un mártir ilustre. Hé ahí el objeto de mi discurso y de vuestra atencion. Para el acierto: *A. M.*

Quando la divina Providencia determina dar al mundo un hombre ilustre, un héroe destinado á servir los planes eternos en la proporcion á él departida, le dota de todas las cualidades conducentes al fin de su mision providencial, y lo pone en circunstancias que lo dán á conocer al mundo, á la sociedad. El filósofo carnal no ve en esto sinó las consecuencias necesarias de los sucesos históricos; pero el filósofo cristiano ve, detrás del juego exterior que aparece en la máquina que mueve la humana sociedad, una mano oculta, diestra, previsora, infalible, certera. Aun más: ve á Dios. Dios es el que pone en movimiento el gran juego; Dios es el que ha criado, formado y

combinado todas las partes integrantes; Dios es el que con su sabiduría infinita lo ha dispuesto todo de antemano. Nada es casual, todo tiene su razón de ser, todo es providencial. Nació Tascio Cipriano en Cartago, capital del Africa, ciudad más célebre todavía por los grandes santos y mártires que ha dado á la Iglesia, que por los muchos héroes que ha dado al mundo. La Iglesia de Africa cuenta más de seis mil mártires, la mayor parte de Cartago.

Salido de una ilustre familia, aunque pagana, nuestro Cipriano fué criado entre la opulencia y el lujo; y como inclinado naturalmente á los estudios, se dedicó á ellos, y cada día adelantaba más, principalmente en la filosofía, la oratoria y la elocuencia. Fué nombrado maestro de retórica; y como este destino era uno de los más honoríficos en aquella época, tenía que presentarse con toda la pompa, el brillo y las prerogativas de la casa paterna. Su talento, su nobleza, sus riquezas y relaciones, le proporcionaban disfrutar de todas las comodidades que le permitían las leyes paganas. Su conducta era la de un hombre de bien en el paganismo: era bien querido y respetado de todos sus conciudadanos.

Sin embargo, experimentaba una suma repugnancia por el cristianismo, y consideraba con el mayor desprecio nuestra santa religión. Acostumbrado á las ideas de la filosofía pagana, miraba como imposible al hombre la virtud de la castidad; reputaba ultrajante á la dignidad humana la santa humildad del verdadero cristiano; el perdón de los enemigos lo juzgaba impracticable; y, sobre todo, no podía soportar su orgullo filosófico la santa ignominia de la cruz. Todas estas preveniciones, secundadas por un grande ingenio, y por la falsa seguridad de una conciencia que se creía al abrigo del mal, hacían que nuestro Santo se alejase más y más de las proposiciones que en diferentes ocasiones se le habían hecho de hacerse cristiano. Tan cierto es, católicos, que el mayor obstáculo que encuentra nuestra santa religión en una alma gentil para convertirla á la verdadera fé, no son precisamente los vicios, sino el orgullo filosófico. El orgullo de la razón ha sido siempre el enemigo jurado de la simplicidad de la fé; y jamás se muestra más terco y tenaz que cuando lo lisonjea un harniz de virtudes naturales.

Pero, en fin, llegó el momento en que Cipriano debía dar á la santa Iglesia católica uno de esos consuelos que le dilatan su corazón oprimido. Un santo sacerdote, llamado Cecilio, fué el escogido por Dios para obrar una conversión que tanto bien y gozo había de causar á la Iglesia. Dejemos referir al mismo Cipriano su conversión en su epístola á su amigo Donato. «Cuando yo, lánguido, yacía sumido en

»las tinieblas de una profunda noche, y que flotando sobre el tempestuoso mar del siglo, estaba incierto de lo que debía de hacer, »privado de la luz de la verdad para conducirme, se me hacía en extremo duro y dificultoso el creer lo que se me prometía, para salvarme, de parte de la bondad de Dios. No podía yo comprender, »que se pudiese renacer para llevar una nueva vida en la que fuese »despojada el nuevo renacido, de todo lo que era anteriormente; y »que guardando siempre el mismo cuerpo, conservando siempre la misma naturaleza humana, fuese otro hombre, un hombre nuevo. »Parecíame imposible un tal cambio en el espíritu del hombre y en »sus inclinaciones. ¿Cómo desprenderse repentinamente, me decía á »mi mismo, de hábitos inveterados, de añejas costumbres, que han »llegado á formar una segunda naturaleza, que han echado tan »hondas raíces, y que se han encalecido y como incrustado en lo »más íntimo del hombre? Un hombre acostumbrado á comidas regadas, á suntuosos banquetes, á la magnificencia y pompa de su trón, »al lujo y comodidades; ¿puede aprender, en un momento, á conocer »el precio de la sobriedad, de la modestia, de la simplicidad, y decirse á practicarlas? ¿Es que puede un hombre sujetarse á llevar »una vida oscura y retirada, cuando siempre se ha vivido en los »cargos más honoríficos? ¿No es acaso un cruel suplicio el de contentarse á vivir solo, cuando toda la vida se ha estado rodeado de »inmensa compañía de amigos, de clientes, de cortesanos? Así me »hablaba yo mismo, cuando me hallaba todavía arrastrado por una »serie de hábitos contrarios á la santa humildad y severidad del cristianismo; hábitos que no podía resolverme á abandonar. Mejor quería ceder á los vicios que amaba, que no hacer esfuerzos para combatirlos; y desesperando de mi mejoría, me resignaba cobardemente á sufrir y tolerar en mí el mal que era como mi segunda »naturaleza. Mas, cuando el agua vivificante del santo bautismo lavó »todas las manchas de mi alma, cuando mi corazón purificado ya »recibió la Luz del Altísimo y el Espíritu celestial, que me transformó en un hombre nuevo, quedéme en extremo admirado de ver »que sin sentirlo, y sin saber cómo, todas mis dudas desaparecieron, »y mi entendimiento quedó ilustrado. Disipáronse mis tinieblas, »abriésemé todo, encontré fácil lo que me parecía imposible, sin que »pudiese concebir cómo se habían desvanecido tantas y tantas dificultades. Conoci entónces sin esfuerzo, y comprendí, con la mayor »claridad, que mi anterior vida, carnal y sujeta á los vicios, venía »de la tierra, y que principiaba á ser de Dios lo que animaba en mí »el Espíritu Santo.» Después de convertido á nuestra santa fé cató-

lica, instruido en toda su doctrina, preparado convenientemente con un largo catecumenado, fué bautizado por el santo presbítero Cecilio. En veneracion de tan celoso varon, á quien, despues de Dios, debia el ser cristiano, tomó el pronombre de Cecilio. Hasta aqui hemos visto á Cipriano «lobo rapaz que devora la presa»; vamos á verle en adelante como distribuye los despojos y trofeos de sus no interrumpidas victorias.

Así que nuestro Santo se decidió á recibir el bautismo, tomó la resolución de guardar una absoluta continencia, que fuese como una continua protesta contra los deseos de la carne, y contra la doctrina sensual de la filosofía pagana, á la que declaró guerra á muerte. Conoció muy bien el Santo, que no se puede llegar al pleno conocimiento de la verdad sin que el corazón esté enteramente puro de toda afeccion carnal; y esta heroica resolución fué el punto de salida de su elevadísima santidad; fué el primer paso dado en la nueva vida que debia emprender; y toda ella se empleará, como lo vereis, en «distribuir los despojos, en dar trofeos.» Vendió todos sus bienes, y distribuyó su importe entre los pobres; vivió en el más absoluto retiro; trataba á su cuerpo con el mayor rigor. Celoso en la defensa de la santa fé, que habia recibido en el bautismo, escribia doctísimas cartas, que restan como un monumento de su vasto ingenio, profundo saber, y sólida virtud. Ocupábase activamente en la conversion de los infieles, en sostener á los flacos, animándolos de todas maneras, en atraer al gremio de la Iglesia á los cismáticos y herejes, y reconciliar á los pecadores. Como si quisiera compensar con no interrumpidos trabajos, lo que antes de su conversion habia podido hacer de perjudicial á la Iglesia por su alta influencia y saber, le parecia el tiempo muy breve para sus vastos empeños.

Tanto ingenio, tanta virtud, tanto celo, tanta santidad, no podian ocultarse á la ciudad de Cartago. Los cristianos lo miraban, justamente, como una de las columnas de la Iglesia; y cuando Donato, obispo de Cartago, murió, todo el clero y pueblo, á excepcion de un solo sacerdote, lo aclamó por obispo de esta metrópoli del Africa. Su elevacion á la alta dignidad de metropolitano de Cartago y primado del Africa, fué un nuevo estímulo para ejercitarse más y más en las tareas apostólicas y procurar de todas maneras el mayor bien de la Iglesia católica, y de las diócesis que le estaban subordinadas como metropolitano y primado. ¡Ah, católicos, cuán diferentemente juzgan los santos de las dignidades y empleos elevados, de lo que desgraciadamente se piensa en el mundo! Cipriano, apenas tuvo noticia de su nombramiento, trata de ocultarse y sustraerse á

toda costa á tal dignidad. Es necesario que amigos influentes y personas las más caracterizadas le manifiesten, que la mano de Dios era la que habia conducido el negocio de su eleccion, y que se veia en ello la voluntad divina. Cipriano tiembla á la sola consideracion de la grave y enorme responsabilidad que pesa sobre él; se reputa el más indigno de todos; no puede resolverse á aceptar; y solo á esfuerzo de las súplicas y de los ruegos de todo el pueblo cristiano, consiente, al fin, en admitir el elevado cargo para que habia sido elegido.

Desde su elevacion al obispado, la conducta de Cipriano comenzó á ser más útil á la Iglesia. Con sus prudentes consejos y con su ejemplo se corrigió la relajacion de costumbres y algunos abusos introducidos en el clero de Cartago. Supo Cipriano, que seis clérigos no lo habian votado para el obispado, y á éstos fué á los que más distinguió con su aprecio, haciéndolos sus amigos, y dándolos, de esta suerte, una leccion práctica del modo de conducirse en la vida. Sus rentas todas las tenia destinadas para socorro de los necesitados; y su ardiente caridad la ejercitaba, no solamente en Cartago, sino en casi toda la Iglesia, por donde propagaba, además, sus escritos, llenos de doctrina, de uncion y de máximas evangélicas.

Grandes virtudes obró mientras la Iglesia gozó de paz; pero Dios hizo brillar la santidad de nuestro S. Cipriano aún mucho más en tiempo de la persecucion. El cruel y fanático emperador Décio, renovó con inaudita furia los sanguinarios edictos de sus antecesores contra los cristianos. Cebóse la persecucion en Roma con el sacrificio de millares de victimas; muy pronto se extendió por todas partes, y no tardó en llegar á Cartago, la segunda ciudad, en orden, del imperio romano. Cipriano, aunque deseosísimo del martirio, se ocultó en esta ocasion, no porque le faltase el valor para derramar su sangre en la defensa de la religion santa de Jesucristo, sino porque el mismo Dios se lo habia revelado, para que, quitado el motivo principal de la persecucion, que era el obispo primado, fuera ménos sangrienta en los demás cristianos. Así se lo rogó toda su grey para librar al pastor de las garras de tigres encarnizados que acostaban sus tiros contra él. Amados míos en el Señor; si alguna cosa hay que dé á conocer al verdadero santo, es la prudencia que acompaña, y modera, y dirige, y regla todas sus acciones. Sin duda ninguna, nuestro ilustre Santo estaba dispuesto á dar su vida por Jesucristo; miraba el martirio como la mayor diadema del cristianismo, como el más alto honor á que el Señor podía elevar á un siervo suyo. Ve sin embargo Cipriano el pueblo á sus piés, pidién-

dole se retire y se salve; porque su vida es, además de necesaria para la Iglesia, preciosísima para su grey. El ilustre prelado, herido en lo más vivo de su corazón por la filial simpatía de su rebaño, se resigna á vivir para su grey, mientras que Cristo le depara otra ocasión de morir por Él. En este acontecimiento, el pueblo y su prelado fueron igualmente grandes, condescendientes, generosos y prudentes. ¡Hermoso acuerdo del cuerpo con la cabeza!

Durante esta persecucion se retiró el bienaventurado S. Cipriano á un lugar inmediato á Cartago; pero aunque se apartó de la presencia de su grey, desde su retiro cuidaba incesantemente de ella y la auxiliaba en todo lo espiritual. En este tiempo escribió el santo doctor muchas epístolas para animar á los cristianos, para fortalecerlos contra las tentaciones, y para inspirarles constancia en el padecimiento de los tormentos. Escribió al clero de Cartago y al de Roma, para que no vacilaran en la fé y diéran el triunfo á sus enemigos. Pero como si esta calamidad no bastase para afligir el sensible corazón del ilustre prelado, otra de género muy distinto sobrevino, en que la caridad de éste tuvo un vasto campo en que espaciarse, y una ocasión continua de actividad celosa. Una peste asoladora diezaba á los habitantes de Cartago: el ardor de nuestro Santo para socorrer á unos y otros, á cristianos é infieles, era igual para unos y para otros; y hacia todo cuanto las críticas circunstancias le permitían. Prestaba todos los auxilios que podia, interesaba á los ricos potentados, y á los ciudadanos más pudientes, para que socorriesen tanta miseria como cundia en el pueblo por efecto de la peste; su caridad no excluía á nadie; y esta conducta le valió la conversion de muchos infieles y malos cristianos.

Gozaba nuestro Santo en la soledad de una paz y alegría celestiales, que nada podia turbar, teniendo su fundamento en una conciencia pura y en una virtud á toda prueba. Pero, ¿es que el enemigo declarado de Jesucristo no habia inventado algun medio para derribar, si posible fuera, á esta fuerte columna de la Iglesia? ¿No habrá encontrado, por ventura, algun instrumento suyo, con que poder hacer una guerra más mortífera al ilustre prelado; algun corazón protervo, por cuyo medio pueda asestarle sus tiros envenenados más certeros y seguros? ¡Ah! católicos, verdad desgraciadamente harto conocida por la experiencia es, que ni aún el respetable y venerado santuario ha sido un lugar entredicho á las tentaciones y sugerencias. Un mal sacerdote de Cartago, llamado Felicesimo, meditaba muchos años hacia el hacer la guerra á nuestro Santo, y ved cómo.—Algunos cristianos de Cartago, menos preveni-

dos para la persecucion, tuvieron la desgracia de negar su fé á vista de los tormentos, ó de conseguir á fuerza de dinero unos certificados, en que constaba «legalmente», esto es, «simuladamente», que habian prevaricado, aunque sin haberlo hecho en la realidad. Otros, más descarriados, se presentaban públicamente en los templos de los falsos dioses, tributaban allí adoraciones, y ofrecían incienso en los altares del gentilismo. Mas estos apóstatas, arrepentidos muchas veces de su delito, pedían el ser admitidos de nuevo en la Iglesia; pero temerosos de las graves penitencias que los cánones imponian á este pecado, suplicaban á los santos confesores se interesasen para que las penitencias fueran menores; y así lo practicaban los ilustres confesores y defensores de la fé de Jesucristo. Mas como en todo hay abusos, se advirtió en esto, que los apóstatas muchas veces solicitaban cédulas de los santos confesores de la fé, y las daban por dinero á otros que no las podian conseguir á causa de su relajacion. Este desórden habia cundido demasiado en el Africa, aunque era bastante general en otras partes, especialmente en aquella época de persecuciones. Llegó la noticia de este desórden á Roma, y el clero escribió á S. Cipriano para que lo corrigiese. Este celoso pastor, desde su retiro, escribió contra los apóstatas, llamados «Libeláticos», várias epístolas, que hizo circular por toda la Iglesia universal, y encargaba á los confesores de la fé, que tuvieran mucho cuidado en la distribucion de dichas cédulas. El asunto no solo parecia terminado respecto á S. Cipriano, sino que esta circunstancia lo dió á conocer como uno de los más ilustres y celosos doctores de la fé católica. ¿Quién pensará, pues, ni quién imaginar pudiera, á menos de no tener un corazón negro de crímenes y seco de envidia, que este incidente debía causar al gran Cipriano una de las mayores penas que le amargasen en su retiro? Sin embargo, el infeliz Felicesimo, movió una atroz persecucion contra el Santo; y la cosa llegó á tal estado, que algunos de los que habian prevaricado en la persecucion anterior, aunque reconciliados despues con la Iglesia, eligieron cismáticamente al presbítero Fortunato para la silla episcopal de Cartago. Hubo de intervenir la autoridad del papa S. Cornelio para anular lo hecho, y castigar severamente á los cismáticos.

Restituida la paz á la Iglesia por algun tiempo, nuestro Santo lo aprovechó en corregir todos los abusos que se habian introducido durante la persecucion, en reunir concilios para hacer decretar cánones para el arreglo de la disciplina eclesiástica; y en fin, en escribir durante este tiempo los admirables tratados dogmáticos y morales, que son lo más selecto, puro, sano y santo de la doctrina ca-

tólica. Sus trabajos como primado de Africa, como metropolitano de la provincia proconsular, como obispo de Cartago, y como doctor y padre de la Iglesia son muchos, y prueban la asistencia visible del Espíritu Santo en el ejercicio de su ministerio apostólico. Tuvo, sin embargo, ciertas controversias que sostener, en que llevado de un celo excesivo por la pureza, santidad y efectos del bautismo, defendió con calor é ingenio una doctrina, que despues condenó el papa S. Estéban. Este incidente en nada empañó el lustre de su santidad, pues, no habiéndose decidido nada hasta entónces, pudo exponer su doctrina, aunque jamás se desmintieron en el Santo una profunda veneración á la santa silla de Roma, y una humildad sincera y franca.

Acercábase, por fin, el tiempo en que Dios queria recompensar á su siervo llamándolo á sí, y proporcionándole la gloria del martirio, por la que tanto suspiraba nuestro Santo. Una nueva persecucion movió el emperador Valeriano contra la Iglesia, por el año 266, y nuestro ilustre prelado tuvo revelacion de su martirio. Su gozo fué en extremo, y anhelaba ardientemente la dicha de recibirlo. Su celo por la religion se aumentó con la revelacion de su último sacrificio y con el fuego de la persecucion. Como sabia que su término era llegado, y que era voluntad de Dios el que fuese mártir, muy lejos de ocultarse ni de esquivar la persecucion, se presentaba por todas partes, en las cárceles y en los lugares donde se suplicaban los santos mártires, animando á unos y otros á dar gustosos sus vidas por Jesucristo. Tan esclarecidos hechos indignaron al emperador Valeriano, quien mandó al proconsul de Africa apoderarse de la persona de Cipriano, y hacerle experimentar los rigores más atroces, á pesar de la edad del Santo, y del aprecio en que era mirado por todos en la provincia africana, por hombres de todas clases de la sociedad, aún infieles. El proconsul Paterno mandó llamar á nuestro S. Cipriano, y principió su interrogatorio, intimándole de parte de los emperadores Valeriano y Galieno, que reconociese la religion romana. Pidióle su nombre y el de todos los sacerdotes que estaban á su cargo; á lo cual el Santo respondió: «Soy cristiano y obispo. No conozco otros dioses, ni otro Sér supremo que un solo Dios verdadero, autor y criador de todas las cosas. Respecto de mis sacerdotes, debo decirlos, que si no se han presentado ya ante vuestro tribunal es, porque nuestra disciplina nos prohibe el ir á ofrecerse voluntariamente, y de sí mismo. Pero si los mandais á buscar los encontrareis muy de seguro, ó en sus casas, ó en el ejercicio de sus ministerios respectivos... Haced, pues, lo que os ha sido ordenado. A todos nos encontrareis en nuestros puestos.»

Nuestro Santo no fué martirizado en seguida: en su oracion pidió al Señor, le difiriese el martirio para acabar de arreglar ciertos negocios eclesiásticos interesantísimos, y, sobre todo, para preparar su clero y evitar un cisma inminente en la época de su muerte. Fué desterrado á una isla pequeña llamada Curube, no lejos de Cartago; en ella estuvo desterrado un año, durante el cual no cesó de escribir, exhortar y disponer todo lo más conveniente á la santa Fé católica en general, y á su metrópoli en particular. El día de su martirio llegó: fué martirizado al cabo de un año, en las afueras de Cartago á la vista de una inmensa muchedumbre. El Santo marchaba al martirio con un gozo inexplicable: acabó de distribuir entre los pobres el resto de lo que podia disponer; y al verdugo, que debia cortarle la cabeza, hizo dar una suma de dinero muy considerable para aquellos tiempos. Rindió gustosísimo su cerviz, y recibió la palma del martirio, coronándose así una vida ilustre, y un obispado tan bien conducido en medio de las circunstancias más críticas.

Amados míos en el Señor, por el corto bosquejo que os he presentado de algunas acciones del ilustre S. Cipriano, habeis podido ver cuan bien reparó este grande hombre, despues de su conversion, el mal que ántes de ella pudo causar á la Iglesia cuando estaba entregado á la filosofia pagana. En el principio de su vida negó á Jesucristo, no conocia á Dios, oponia á la doctrina del Evangelio, una doctrina sensual, pagana. Cuando el Señor lo llamó á sí, ya sabeis con cuanta profusion esparció la buena semilla de una vida heróicamente cristiana, mereciéndose, justamente, el titulo de santo obispo, de ilustre doctor, y de inclito mártir.

Pidamos al Señor, por la intercesion de su glorioso mártir el bien-aventurado Cipriano, el que por medio de una vida penitente, santa y arreglada á la santa ley de Dios, le desagráviemos de las ofensas anteriores y pecados de nuestra pasada juventud; de esta manera gozaremos al fin de nuestra vida las eternas recompensas de la gloria, que á todos os deseo. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SANTA CLARA.

Sicut meridiana lux clara est.
Es clara como la luz del mediodía.
(ISAÍ. XVII, 4.)

Nada hay tan manifiesto en los sagrados libros como el amor entrañable que Dios tiene á sus criaturas. Ya desde la eternidad las amó con una caridad perpétua, con un afecto lleno de compasion y de ternura; las amó con tanto exceso, que, según su lenguaje divino, enamorado de ellas, se propuso atraerlas á sí, aprisionándolas con los lazos de aquel amor que es más fuerte que la misma muerte. Hay empero ciertas almas, con quienes se ha unido más particularmente por medio de un desposorio espiritual, de un comercio de amor tan inefable, que la lengua del hombre apenas puede explicar. Las vírgenes cristianas han sido siempre el objeto de las castas delicias de Aquel, que, en virtud de un exceso de amor á la humanidad desgraciada, quiso nacer de una Virgen, para mejor llevar á cabo sus pensamientos de paz concebidos ántes de los siglos: muchas han sido las que despreciando los placeres mundanales, la gloria, la felicidad, y los encantos del tiempo, han aspirado á la dicha de tener por esposo á Jesucristo. La Santa cuya festividad hoy celebramos, figura en este coro admirable, y es una de las que Dios ha mirado con más predileccion. ¡Oh gloria de Italia, orgullo santo de Asís, honor del cristianismo, antorcha luminosa de la estirpe Seráfica! ¡Clara! Al pronunciar tu nombre mi pecho se enardece, mi corazon late, y mi alma se regocija justamente con la idea de tus glorias. Tú, superior á la debilidad de tu sexo, supiste triunfar de un mundo fermentido, que te brindaba en dorado cáliz á embriagarte de aquellas delicias, que transformando el espíritu é hiriendo de vértigo la inteligencia, más de una vez hicieron caer de su elevacion á los que parecian robustos é imperturbables como los cedros del Líbano. Tú, en el seno de un siglo,

cuyo carácter era el de la corrupcion y la inmoralidad más desenfrenadas, supiste conservarte pura é intachable, inculpable delante de Dios, y sin nota en presencia de los hombres. Tú, en fin, con tu alma grande y generosa, con un corazon dócil, con una fuerza de ánimo extraordinaria, conseguiste de tí misma una victoria, tanto más gloriosa cuanto más difícil; hollando por Jesucristo todo cuanto no era su cruz y sus padecimientos, renunciando á la gloria, á los honores, al oro, ídolos á quienes incensan los mundanos, falsos fantasmas en pós de los cuales corren con avidez, y á quienes más de una vez sacrifican su misma existencia.

Esta victoria de la incomparable virgen de Asís es más digna de los elogios del hombre sensato; que cuantas reportaron sobre sus enemigos los conquistadores de los pueblos. Voy pues á celebrarla, y á demostraros, que nuestra excelsa Santa se ostentó en el seno de un siglo, oscurecido con las tinieblas de la más horrorosa corrupcion, tan brillante y luminosa como la luz del mediodía, é hizo resplandecer las más bellas virtudes en medio de los más vergonzosos vicios; que triunfando de todos los engaños del mundo, destumbró con su santidad á los ciegos apologistas de este enemigo de nuestra salvacion. Hé aquí mi pensamiento.

Haced, Señor, que yo pueda hablar dignamente de vuestra querida esposa Sta. Clara: os lo pido por la intercesion de la Virgen de las vírgenes, á la cual saludamos con el ángel: *A. M.*

Bien así como la luz tanto más brillante se ostenta, cuanto más ennegrecida se halla la atmósfera en que derrama sus resplandores, no de otro modo la virtud déjase ver más hermosa y radiante, en proporcion que la atmósfera intelectual más cargada se encuentra de densos nubarrones. El siglo en que la ilustre virgen de Asís debía esparcir sus luminosos resplandores, era un siglo hereje, un siglo cismático, un siglo de corrupcion y de tinieblas. El Africa estaba entregada á los delirios del Corán; la América, sentada aún en las sombras de la muerte; el Asia, separada del centro de la unidad católica; la Europa, envuelta en los horrores de una inmoralidad espantosa. Hé ahí el lastimoso cuadro que se ofrecia á los ojos de la Religion. En medio de tan deplorables desórdenes, una ciudad descollaba por sus errores, sus delirios y una corrupcion general, en que, como en un cenagoso lago, revolcábanse indistintamente todas las clases de la sociedad. ¿Sabelis que ciudad era ésta? Asís. ¿Y es este, Dios mío, el terreno que preparais, para que sea el teatro de los triunfos de una doncella tímida como la paloma? ¿Quién podrá triunfar de tantos

errores y abominaciones? ¿Quién? La incomparable Clara. A Favorino y Hortolana les prometió el Señor, que de ellos nacería una luz que desterraría la oscuridad del vicio, y como el sol en la mitad del día alumbraría á todo el universo. Así lo prometió, y así lo cumplió efectivamente. Nace Clara; y enamorada de Jesucristo, cuando su entendimiento todavía no es capaz de comprender sus perfecciones, todos sus pensamientos se dirigen á unirse á Él con lazos indisolubles. Para merecer su benevolencia, se dedica desde luego á servirle y agradarle por todos los medios imaginables. ¡Qué espectáculo tan edificante, ver á una niña conaturalizada ya con el ayuno, el silencio y la soledad! ¡Qué prodigio, verla despreciar el fausto, distribuir con mano liberal á los pobres cuanto le era permitido, formar altares, y al pié de ellos ofrecer al Señor su corazón, un corazón puro, un corazón que se inflama y se deshace ya de dolor, contemplando las penas de su amado Jesús! ¡Qué espectáculo tan raro ver á una niña, que apenas cuenta cinco años, recoger con graciosa sencillez piedrecitas, mudándolas de una parte á otra, conforme repetía la salutación angélica, hasta que, acabada la tarea de su montoncillo, las recogía otra vez con mucha alegría para que su madre supiese el fruto de su ocupación! Pero todo esto no es más que un ensayo de su virtud; bien pronto emprenderá cosas más sorprendentes.

El mundo no puede ver las disposiciones de la casta doncella sin concebir los más serios temores; y celoso de que otro que él posea su corazón, combina astutamente todos sus esfuerzos para impedir que sea de Jesucristo. ¡Mundo insensato! ¡piensas, por ventura, que es cosa de poco momento lo que pretendes, arrancar del corazón de Clara el objeto de su amor! ¿Y con qué medios cuentas para conseguirlo? Harto sabemos que puedes disponer de mil poderosos auxiliares, y que tienes en tu mano elementos de todo género. Tal vez apelarás á las mismas dotes naturales de esa tierna virgen; te valdrás de su belleza para inspirarla el amor de sí misma y el deseo de agradar á los hombres; te servirás de la nobleza de su sangre para infundir en su alma sentimientos de orgullo y de presunción; pondrás en movimiento su opulencia para convidarla á disfrutar de las comodidades y regalos de una vida deliciosa. ¡Nócia ilusión! Clara sabe apreciar en su justo valor todas esas cosas; mira la belleza como una flor, que se deshoja con los años, y que, al fin, viene á perecer entre el polvo de una tumba; la nobleza, como un ligero humo de vanidad, que ningún derecho dá al que la tiene sobre sus semejantes, porque es un efecto casual de la fortuna; las riquezas, como un puñado de polvo, que el menor viento de adversidad puede arre-

batar en un instante; y consiguiente á estos principios, todo eso no la merece sino la indiferencia y el desprecio, porque solo desea poseer á Jesucristo, en quien halla el tipo de una hermosura infinita, el centro de una grandeza eterna, y el tesoro inagotable en donde el Señor ha depositado todas las riquezas de su gracia.

Duros combates había de sufrir Clara para triunfar del mundo; pero ¿cuán completa será su victoria! Clara ha llegado ya á la edad de diez y ocho años: jóven, rica, hermosa, discreta, suave en su trato, dulce en sus palabras, es el objeto de admiración en Asís. Este conjunto de virtudes obliga más y más á sus padres á hacer se perpetúe, por medio de una honrosa alianza, así la gloria de su hija como de la distinguida estirpe de que procede. Para conseguirlo, emplea todo cuanto el amor sincero tiene de más vivo y penetrante. ¿Qué hará en tan crítica y comprometida situación la ilustre doncella? ¿Oír con gusto un lenguaje, que tan grato suele ser á las de su sexo, en una edad propia de las ilusiones? No lo creais: Clara se muestra toda afectada, las lágrimas corren por sus mejillas, su corazón se oprime, se entorpece su lengua. ¡Padres felices, ya podeis entender lo que esto significa! vuestra primogénita debe ser toda de Aquel que dijo: *Todas las cosas son mías*; ella es la víctima que habeis cuidado de alimentar y adornar para el día del sacrificio; y si hasta aquí ha sido una luz clarísima, sus resplandores ván ahora á ilustrar al mundo entero. Dejémosla respirar; démosla tiempo para que consulte su resolución. ¿A donde irá?

Si en nuestros días hubiese un alma con iguales disposiciones, tal vez no faltaría quien al oírlo decir, que el Señor no quiere que permanezca en el siglo, la contestaría: ¡Qué! ¡aunque vivas en el mundo, no puedes llegar á ser santa? ¿En la inundación de las aguas corrompidas, no pueden nadar arcaes santificadas? Y citando los ejemplos de las Judiths y Esthers, y callando los de los Sansones, presa de las Dalilas, y de los Davides que no hubieron de los Betsabés, procuraría inducirla á quedarse entre las garras del leon del mundo. Pero Clara tiene la dicha de consultar á un hombre, que no posee más patrimonio que el no tener nada en la tierra, ni otro padre que el Padre nuestro que está en los Cielos. Hablo del gran Francisco de Asís. Dios, que en otro tiempo envió sus ángeles para fortalecer á un Daniel afligido, á un Elías tiranizado, á una Agar angustiada, proporciona á nuestra ilustre doncella un serafín en carne, que calme sus temores, esclarezca sus dudas, y fortalezca su debilidad. Clara le abre los senos de su corazón: el hombre de Dios ve en aquella, á quien el nombre de madre llena de extremecimiento, una nueva Sara,

que con su espiritual fecundidad ha de llenar el órbe de un prodigioso número de hijas, que brillarán en el hemisferio católico como astros luminosos del firmamento; y le aconseja, que en el domingo de Ramos se presente en el templo del Señor con los vestidos más preciosos, con todas sus joyas de más valor, que lo consagre todo á Dios, y en la noche siguiente huya del mundo. Los destinos de la Providencia van á cumplirse. Clara, superior á los impulsos del amor que le inspiran un padre y una madre, sin temer los dictérios que el mundo le prepara, abandona su casa; y aprovechándose de las sombras de la noche, camina, corre y llega á la iglesia de la Porciúncula, en donde la espera con sus hijos mi glorioso padre S. Francisco. Vealla postrada ante el altar de la Virgen, consagrándose al Señor en precioso holocausto, y haciéndole el sacrificio de sus dorados cabellos. ¡Ah! venciste, virgen insigne, venciste! Ya has logrado el objeto de tus ansias. El mundo pretendió oponerse á tu union con el Esposo de las vírgenes; pero tú, peleando diestramente, has quedado victoriosa. De hoy más puedes decir con el real profeta: «El Señor es la parte que me ha tocado en herencia, y la porcion destinada para mí: Él es mi único y más precioso patrimonio (1).» No presumas, empero, generosa virgen, que ha concluido tu lucha con el mundo, nó; prepárate á sostener aún más rudos combates. Tus domésticos van á ser tus más crueles enemigos.

Con efecto: la madre de nuestra Santa, cual leona á quien han arrebatado sus tiernos cachorritos, lanza los más inconsolables alaridos por la pérdida de su hija. El padre, considerando la fuga de Clara como un horror eterno para su familia, convoca á sus parientes, los invita á tomar parte en su determinacion; y lleno de rabiosa inquietud, parte al momento en donde se halla encerrada su hija, se presenta á ella; y ya con halagos, ya con amenazas, ora acusando su resolucion de impremeditada y pueril, ora disculpando su impremeditacion, se esfuerza en disuadirla de su propósito. ¡Vanos esfuerzos! ni las lágrimas de una madre inconsolable, ni los gritos de un padre fabricitante de cólera, ni los dictados con que la apostrofan sus parientes, nada puede hacerla vacilar un momento. Apelan á un lenguaje seductor; vuelven despues á los improprios; los unos califican sus designios de extravagancia; los otros juzgan que su vocacion es sospechosa; pero Clara consigue de todos la más completa victoria. Con efecto: cuando ve que las razones con que procura calmar los ánimos irritados contra ella son inútiles, se postra en tierra, y asida

(1) PSALM. XV, 5.

fuertemente del frontal de un altar á que está arrimada, descubre su cabeza despojada de la hermosa madeja de sus cabellos, y lanzando una mirada de expresion hácia un santo Crucifijo que tenia delante, dice á sus padres: «Hé ahí á quien elegi por esposo y á quien he entregado mi corazon. Él será mi refugio y mi fortaleza para librarme de vuestras injustas exigencias.» Lenguaje elocuente, que desarma á sus padres y parientes, y la deja en pacífica posesion de su amado.

¿Quién podrá ahora referir las admirables virtudes que practica en el ameno jardin de la Religion? Allí la vereis cerrar de golpe todos sus sentidos, á fin de interceptar á su alma toda comunicacion con las criaturas, y conversar únicamente con el Criador. Jamás levanta sus ojos del suelo; jamás sus lábios se desplegan, si no es forzada á ello por una extrema necesidad; su alimento es un poco de pan y agua, y esto solo en ciertos dias señalados; su lecho es la tierra desnuda. Anadid á estas austeridades los rigores de un cerdoso cilicio que ciñe sus virginales miembros, cuyas puntas penetran hasta los huesos; las cuerdas nudosas que convierten su cintura en una sola y cancerada llaga; las sangrientas disciplinas, la sed, el hambre, las aflicciones interiores. Tan sorprendente fué su penitencia, que mi glorioso padre san Francisco, cuya austeridad ha sido el asombro del mundo, se creyó obligado á moderar los rigores de esta tierna virgen, temiendo sucumbiese víctima de su fervor. Se ve, pues, que queriendo el Señor resucitar en aquellos dias de corrupcion universal, la antigua severidad de la virtud, ha suscitado ese portento de fervor, ese pasmo de penitencia, que confundiese la relajacion de un siglo marcado con todos los caracteres de reprobacion. A la inmoralidad, que hervia en Europa, opuso la inocencia de Clara; á la molice y afeminacion, su penitencia; á la licencia, su virginidad; en el seno del error, de la maldad y del desenfreno, aparece la gloriosa virgen de Asis como la luz del mediodia, para desterrar con sus resplandores las sombrías tinieblas que enlutan el mundo entero.

No es extraño, pues, que el Cielo hiciese como empeño de enriquecer continuamente con dones celestiales á una criatura, que en lucha la más comprometida, triunfa de un siglo immoral, impio y seductor, y dá á toda una generacion ejemplos admirables de virtud. ¿Quién hubiera creído, oyentes, que una doncella, que se habia apartado del mundo y del esplendor de los palacios, con el fin de llevar una vida retirada en la oscuridad del claustro, viniese luego á cobrar tanta celebridad, que así propios como extraños hablasen de ella como de una persona de una vida celestial? La fama de sus virtudes llena bien pronto, no solo las comarcas vecinas, sino tambien

las mas apartadas; en Clara se ve renovado el ejemplo de los primeros anacoretas, que á pesar de vivir escondidos y como sepultados en los desiertos, con solo su admirable santidad arrastraron innumerables gentes deseadas de imitarlos. La primera que imitó el ejemplo de Clara fué su jóven hermana Inés, que tambien huyó de su casa para consagrarse víctima del amor á Jesucristo en el mismo monasterio en que aquélla habitaba. Despechados igualmente sus deudos por la resolucion de Inés, se arrojan de nuevo sobre el monasterio, la maltratan con furor diabólico, la insultan, emplean la fuerza de doce hombres armados para sacarla de aquel religioso albergue; pero la tierna doncella dirige sus ojos suplicantes hácia Clara; á ella clama, y casi exánime en fuerza de los brutales tratamientos de sus tiranos, la dice con lángido acento: «¡Ayúdame, hermana mia; mira que me arrebatan de la casa del Señor!» Clara, para arrancarla de las manos de aquellos hombres furiosos, eleva su corazon hácia el Cielo, y al punto Inés, inmóvil como una roca, se hace superior á todo esfuerzo humano; por manera, que no pudiendo sus deudos moverla del sitio en que yace, se ven precisados á ceder el campo con ignominia. En vano un tío suyo, mal contento de ver frustrado su desigmo, se arma del acero, y se dispone á descargar sobre su cabeza un golpe homicida; Clara levanta otra vez sus ojos al Cielo, y al momento aquel hombre queda sin movimiento, y permanece así por algun tiempo en expiacion de su impiedad.

Más tarde siguieron el ejemplo de Inés su tía, su madre y la primera nobleza de Asis; por manera, que rodeada Clara de gran número de compañeras, hubo, á pesar suyo, de convertirse de discipula en maestra, de hija solitaria en madre espiritual de gran número de doncellas. ¡Y qué gozo el de éstas cuando se miran bajo el cuidado de una madre, que ni de dia ni de noche piensa en otra cosa que en las necesidades de sus hijas! Nada le impide servir á todas y en todos los ministerios. ¡Vidéalas asistir á las enfermas, curar sus llagas, limpiarlas á veces con su propia lengua; ser la sierva de todas en la mesa, en la enfermeria, en los oficios más repugnantes, en las ocupaciones más humildes del monasterio! Hecha el modelo de sus hijas, á ninguna cede en desprecio de sí misma, en caridad ardiente, en humilde abnegacion. Con la clemencia en sus lábios, con la dulzura en sus palabras, interesa á unas, anima á otras y enervoriza á todas. ¡Qué prudencia en sus resoluciones! ¡Qué confianza en la divina Providencia! Jamás duda que pueda faltar lo necesario para vivir á las que lo han dejado todo por amor de Jesucristo. Por eso, cuando Gregorio IX la insta, para que admita algu-

nas rentas que aseguren la subsistencia de sus hijas, Clara le contesta con aquella expresion, que no ha podido ménos de llenar de admiracion al universo: Beatísimo Padre, la única cosa que deseo y necesito es, que me absolvais de mis pecados!

¡Feliz paraíso! ¿se atreverá á asaltarte el enemigo que no respetó el Edén primitivo? ¡Ah! son demasiado hermosas sus flores para que no intente ajarlas. Si; envidioso el comun enemigo, dirige todas sus diabólicas maquinaciones hácia aquel jardín; y valiéndose de sus ministros, combate á aquella pobre familia. La Iglesia no olvidará nunca á aquel Federico II, que turbó la paz y empleó todo su poder contra la cátedra de san Pedro. Para sostener sus atrevidas empresas, formó ejércitos, é hizo venir en su auxilio hasta á los bárbaros sarracenos. En breve ocupan sus satélites las principales ciudades de Italia; las casas y los templos son tristes objetos de su furor. Los sentimientos de humanidad se exaltan al recordar lo sucedido en Espoleto, ciudad vecina á Asis: sus templos fueron saqueados, sus sacerdotes tratados ignominiosamente; y el monasterio de Clara, en las tinieblas de la noche, es asallado por todas partes. No se oyen más que llantos de aquella pobre familia; acude ésta á su madre Clara; pero, ¿qué puede hacer una mujer flaca, enferma, y postrada en una cama? ¿Qué? ¡Aeles vencedoras, Judiths triunfantes, mujeres denodadas de la antigua ley, dad la preferencia á la ilustre virgen de Asis. Si, hermanos míos; no pudiendo Clara mantenerse en pié, se hace conducir en brazos á las puertas del monasterio, y postrada en presencia del augustísimo Sacramento de la Eucaristia, que mandára traer en una urna, exclama con fervor y confianza: «¡Oh, Señor! no entregues en poder de esas fieras las almas que te confiesan y adoran, y no olvides las almas de tus pobres (1).» En el mismo instante se oye una voz consoladora que las alienta; los infieles, aterrados, se precipitan del muro que habian escalado, huyen vergonzosamente de la ciudad, y queda la Santa gozosa, dando con sus hijas loor y alabanza al Dios de los ejércitos por tan singular beneficio.

¿Qué más? Clara ha llegado ya á los últimos años; ha brillado cual astro luminoso del mediódia en un siglo, cubierto por donde quiera de las más espesas tinieblas del vicio; justo es que pase á derramar sus resplandores á la Sion celestial, para brillar como un sol en perpetuas eternidades. Llegado es el momento: vealla postrada en su lecho de muerte, hecha una viva imágen de los dolores de Jesucristo, dando á sus hijas las más sublimes máximas de virtud, y

(1) PSALM, LXXIII, 19.

exhortándolas á llevar á cabo la obra de perfeccion que habian comenzado. El Supremo Pastor de la Iglesia se apresura por venir á dar el último adios á esta bella Sunamitis, y acompañado de toda su curia, ve el mundo toda la mayor grandeza en la estrechez de la celda de una pobre monja. El Papa conversa con ella acerca de las cosas del alma y asuntos de la Iglesia, y es testigo de sus últimas voluntades. Por fin, el grande astro de la Religion se acerca á su eclipse; el celestial Esposo, acompañado de una córte brillante de purísimas vírgenes, se le aparece, y la convida á las bodas del Cordero divino; ya sus párpados se cierran; lánguida de amor como la esposa de los Cantares, desaparece de la tierra; y cual varita de oloroso incienso, penetra las nubes y se pierde en el seno de la inmensidad.

La muerte no es capáz de apagar esta luz brillantísima; sus resplandecientes rayos se derraman por todas partes; y personas de todos estados y condiciones acuden en tropel á honrar la memoria de nuestra Santa. El Pontífice asiste á su entierro, un cardenal derrama sobre su tumba las flores de su elocuencia, y pronuncia el elogio de sus virtudes; y entre los circunstantes, que subian á millares, no hay uno siquiera que no publique sus alabanzas. Los sagrados restos, trasladados en triunfo á la iglesia de S. Gregorio, multiplican los prodigios en toda clase de dolencias. Dos años despues, el Vaticano pronuncia su juicio infalible acerca de la santidad de Clara, y expide la bula de canonizacion, que la eleva á los honores del culto; y el órbe católico venera á esta virgen singularísima, porque luchando con el mundo, y triunfando del mundo, resplandeció cual astro luminoso en medio de la corrupcion más espantosa.

¡Oh luz brillantísima de la Iglesia! ¡Cuán hermosos son tus resplandores! Ellos iluminaron mientras vivias á la Italia, á Francia, España y Flandes, por donde extendiste tu sagrado instituto; y hoy día, no hay rincón de la tierra á donde tus hijas no hayan penetrado, admirándose donde quiera su fervor, y honrando al cristianismo con sus virtudes y vida prodigiosa. Continúa, virgen ilustre, continúa desde el Cielo la mision sublime que en la tierra comenzaste. Conserva en todo su brillo la Orden que fundaste para edificacion de la humanidad y consuelo de la Iglesia. Manifiesta á favor de tus devotos el poderoso valimiento que tus plegarias tienen en el acatamiento del Señor; para que mereciendo por tu intercesion la gracia de vivir santamente, alcancemos un día la corona de la inmortalidad en la mansion de la Gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SAN CLEMENTE, PAPA Y MÁRTIR.

*Magnificabitur Christus in corpore meo,
sive per vitam sive per mortem.*

Engrandecido sea Cristo en mi cuerpo,
tanto en la vida como en la muerte.

(AD PHILIPP. I, 20.)

Al reflexionar en el récio combate que la fé tuvo que sostener contra el error en los primeros tiempos de la éra cristiana, nos vemos precisados á admirar las glorias de aquella religion, donde quiera perseguida y en todas partes victoriosa de sus encarnizados enemigos. La idolatría, á manera de hidra insaciable de sangre cristiana, multiplicaba en mil maneras los medios de seduccion; y para sostener el imperio de sus absurdas creencias por todo el órbe, inventaba cada dia nuevos géneros de crueldad. Pero la Iglesia, disputando á fuerza de sangre y de abnegacion el imperio del mundo á la ambiciosa é idólatra Roma, alzabase cada vez más fuerte entre las ruinas de la supersticion. En proporcion de los desesperados esfuerzos que hacia el paganismo para sostenerse, veíanse surgir nuevos héroes, que, llenos de mayor ardor, se presentaban en la arena para luchar y morir; porque la muerte era entónces un triunfo, el triunfo moral de la inteligencia contra la ignorancia, el triunfo de la verdad contra la mentira, el triunfo del Evangelio contra las pasiones divinizadas. Todos los reinos, todas las provincias, todos los pueblos, veíanse inundados de agentes de la tiranía, que como aves de rapina se arrojaban sobre los adoradores del Cordero; y éstos, peleando con inaudito valor, padeciendo una muerte gloriosa, glorificaban tanto en la vida como en la muerte el nombre de Jesús, y la Iglesia contaba sus victorias á millares.

Entre la prodigiosa muchedumbre de victimas que se ofrecieron al Dios de la verdad en los primeros tiempos de la Iglesia, llama poderosamente nuestra atencion el Papa san Clemente, portento de he-

oismo, pasmo de sufrimiento, fenómeno extraordinario de firmeza cristiana. En ninguno se vió personificada con más expresion la grandeza del cristianismo: ningún otro proporcionó mayores triunfos á la fé: su vida fué un constante testimonio de la santidad del Evangelio, y su muerte una prueba evidentísima de su divinidad.

¡Oh! digno es Clemente de recibir las ovaciones de la religion, y los cultos que hoy consagra á su nombre la Iglesia. Digno es el gran Pontífice romano de figurar entre los más esclarecidos mártires de Jesucristo, á quien engrandeció de un modo portentoso en su vida y en su muerte, consagrando una y otra á extender las glorias de la cruz y á afianzar el imperio de la fé. Desde este punto de vista voy á presentaros á San Clemente. Vereis, que, victima ilustre del naciente cristianismo, ofreció un cuerpo puro, morada de una alma inocente y santa, en holocausto odoroso ante los altares del paganismo; y sufriendo en él cuanto hay de más doloroso, triunfó valerosamente de la supersticion. Su vida fué un ejemplar perfecto de virtudes cristianas: su muerte fué un modelo acabado de celo y de constancia: en ambos conceptos tiene derecho á decir con el Apóstol: «Engrandecido será Cristo en mi cuerpo, tanto en la vida como en la muerte».

¡Quiera el cielo, que este pensamiento, que en su misma sencillez encierra una sublimidad digna de llamar vuestra atencion, os mueva poderosamente á la imitacion de ese héroe cristiano! Pidámoslo por la mediacion de la Reina de los mártires, saludándola con el ángel: *A. M.*

El Dios que adoramos lleva por lema el nombre de Santo de los santos, y por lo mismo, no hay cosa tan agradable á sus divinos ojos como la ofrenda de un corazon puro, intachable y exento de la corrupcion de un siglo, que no brota sinó abrojos de malas pasiones. Y el mérito de este sacrificio es tanto mayor, cuanto mayores son los obstáculos con que hay que tropezar, y más continuos los enemigos que es necesario vencer, y más ciertos los peligros que se oponen á nuestra marcha por el camino de la virtud. La gloria del triunfo es siempre proporcionada al combate; y nunca se ostentan más hermosos los laureles ganados en la lucha, que cuando adorna unas sienas surcadas de cicatrices, signos ciertos del valor y del heroísmo.

Bajo este concepto, se presenta verdaderamente admirable á nuestros ojos la vida del insigne mártir San Clemente. Hijo de un senador, emparentado con los emperadores romanos, vivía en Roma, empório de las letras y de las artes; pero ciudad corrompida, que habia levantado edificios á la impureza, al orgullo, á la veanganza, á

todos los vicios; y que autorizaba todos los desórdenes con sus leyes, los sancionaba con la pompa de los sacrificios, y los arraigaba en las costumbres. Qué valor tan extraordinario era menester, para no contaminarse con los impuros miasmas que exhalaba una ciudad mestada de crímenes! Hacíase preciso ser lo que un Noé en las primeras edades del mundo, cuando toda carne habia corrompido sus caminos; lo que un Loth en el seno de la maldiceda Sodoma; lo que Azarias, Misael y Abdenago en la sensual corte de Nabucodonosor. Pues tal fué, en efecto, Clemente, aunque pagano, en medio de los mil y mil vicios que el politeísmo divinízara, conservando en un cuerpo puro una alma exenta de todo vicio. Si como el joven Samuel se hubiera criado nuestro héroe á la sombra del Santuario, seguramente no sería tan admirable su conducta; mas nó: Clemente, donde quiera que fijaba el pié no encontraba sinó precipicios sin fondo; aquí, la sensualidad convertida en un dios, á quien millares de víctimas rendían un culto vergonzoso; allí, la veinganza erigida en ley y sancionada por los ministros del impio Júpiter; ora el egoísmo más glacial fomentado por las preocupaciones absurdas de los filósofos; ora la ambicion más excesiva enmascarada con el barniz de un cinico desinterés; y en todas partes abominacion, escándalos y desórdenes. Honor y gloria sin fin os sea dada, ¡oh Jesús adorable! que obrasteis esta maravilla á favor de Clemente, porque le teniais destinado á triunfar de la iniquidad del mundo pagano con la fé, oponiendo á las corrompidas costumbres de la idolatría una vida pura é intachable, que evidenciase ostensiblemente la santidad del Evangelio.

En efecto: llegaron á Roma los grandes maestros de todo el universo, los santos apóstoles Pedro y Pablo, y Clemente aprendió de ellos las verdades de la religion, y recibió el santo bautismo. Si siendo aún gentil supo pasar á pié enjuto el impetuoso torrente de vicios, en pós del cual veia precipitarse todas las edades y todos los sexos; ¿á qué eminente grado de virtud se elevaría despues de haber abrazado la fé de Jesucristo? La fé le enseñó á amar la castidad, como la virtud más hermosa, que hace á los hombres semejantes á los ángeles; la fé le hizo ver en sus semejantes otros tantos hermanos, á quienes debia amar como á sí mismo; la fé le mostró en la humildad el camino seguro de la gloria; en la beneficencia, la delicia más positiva de un corazon sensible; la fé, en fin, desarrolló á su vista todas las bellezas de la religion, y Clemente dejóse ver lleno de pudor: brillan en él una humildad profunda, un desinterés heroico, una paciencia invencible, y todas las virtudes más hermosas. Á tal altura se elevó su perfeccion, que san Pablo le eligió por coadjutor de su pre-

dicación, y aseguró que su nombre estaba escrito en el libro de la Vida.

Nada tiene de extraño, que habiendo quedado vacante la silla apostólica, el clero y el pueblo pusieran los ojos en Clemente como el más á propósito para llenar aquel vacío, sobre todo, en circunstancias tan críticas y azarosas como venia atravesando la Iglesia. Decididos los emperadores romanos á exterminar, si posible fuese, hasta el último resto de la religión del Crucificado, perseguían con furor á los que por la vía de la seducción no podían atraer á sus errores; desterraban á los unos, confiscaban á los otros, maltrataban á estos, daban muerte á aquellos, y ensañábanse en todos. Clemente no conocía el descanso: confirmaba en sus creencias á los que felizmente no se habían dejado alucinar por la seducción, ni amedrentar por las persecuciones de la tiranía; reanimaba la debilidad de los que, por efecto del mal ejemplo ó de un servil temor, titubeaban en sus principios, y veía próximos á renunciar á ellos. A unos, que arrastrados por las promesas ó por la violencia habían desertado cobardemente de la verdadera fé, los llamaba como buen pastor, procurando atraerlos con dulzura y desengañarlos con persuasiva elocuencia; á otros, que nacidos en la idolatría, mostrábanse entusiastas por los falsos dioses, los conquistaba, insinuándose primero en sus almas con la suavidad del trato, y luego iluminando sus inteligencias hasta reducirlos al conocimiento de la verdad. ¡Qué triunfos tan brillantes consiguió su celo! ¡Qué conquistas tan admirables hizo su sabiduría!

Durante un récio combate que la fé sostenía en Roma, una excisión religiosa alarmó á los fieles de Corinto. Aquella Iglesia había florecido grandemente por la práctica de las virtudes cristianas y por su ejemplar edificación desde que san Pablo la fundara. La emulación de algunos particulares turbó su paz, y vióse despedazada por un funesto cisma formado en su mismo seno. Deseosos algunos fieles de cortar los progresos que iba haciendo aquel incendio fatal, imploraron el auxilio de la Iglesia de Roma, que hallábase á la sazón en lo más vivo de sus tribulaciones. Dedicado el santo Pontífice á la salvación de su rebaño, hubiera querido multiplicarse para estar simultáneamente en todas partes, y acudir á todas las necesidades; mas no siéndole esto posible, extendía sus manos hácia el Cielo para pedir á Dios el remedio de tantos males. El Señor se dignó consolar á su siervo; restituyó la paz á los fieles de Roma con la muerte del perseguidor que los agitaba. Entónces San Clemente convirtió su atención á los Corintios, y les dirigió una carta, que es uno de los más

preciosos monumentos de la antigüedad. Está escrita con tal delicada mezcla de fortaleza y de suavidad, que corrigiendo el mal, hace amable el remedio. Los santos Padres la ponderaron, y san Irineo nos asegura, que con ella el santo Pontífice restableció la fé y la caridad entre los fieles de Corinto.

¿A quién no admirará una vida tan edificante en medio de tan peligrosas ocasiones, de ejemplos tan depravados, y que tan poderosamente conspiraban contra su inocencia? Al contemplar la del joven Clemente, que en medio del incendio de unas pasiones lisonjeras, embellecidas con todos los encantos de la seducción, se conserva intacta sin experimentar la menor impresion maléfica, no puedo ménos de reconocer en él un milagro de virtud sostenido por un portento de la gracia, y me veo movido á exclamar entusiasmado: Verdaderamente, ¡oh Dios! os manifestáis sobremenera grande en vuestras obras; pero, sobre todo, en vuestros escogidos es donde haceis resaltar los incomprensibles tesoros de vuestro poderío. Obra vuestra fué la fidelidad con que Clemente supo corresponder á vuestras inspiraciones. No fué en él infecunda la fé, sino que dirigió hácia Vos todos sus pensamientos, sus deseos y acciones. Conducido por la fé, no se separó nunca de la senda del bien que ella le había trazado. Obrando segun sus principios os ensalzó, Dios mio, en su vida, ofreciéndose á un mundo henchido de crímenes como un ejemplar perfecto de virtudes. ¿Qué, pues, le restaba sino glorificaros en su muerte, haciéndose un modelo de celo y de constancia en padecerla por sostener vuestros dogmas contra el error y la tiranía pagana?

De hecho: los ministros de la impiedad, á quienes no podía ocultarse la religión de nuestro héroe, le acusaron ante el prefecto Mamertino como reo de superstición, porque, no solo adoraba á Jesucristo, sino porque era, además, cabeza de todos los cristianos. Veille en presencia del prefecto, sosteniendo sus creencias con una firmeza propia del que está sentado sobre la sólida piedra de la Silla apostólica, y ocupa la primera dignidad de la Iglesia. Mamertino pone en juego los resortes de la seducción, representando á la imaginación de Clemente la marca de ignominia que haría caer sobre su nombre ilustre, obstinándose en seguir una secta infamada, objeto del ódio y de la animadversión pública. El santo Papa le contesta resueltamente, que no se case en vano, porque su dicha está cifrada en padecer por Jesucristo. No basta: nuestro Santo hace algunas tentativas para ganar al prefecto; y si no lo consiguió, inspirelo al ménos una tierna y compasiva inclinación á los cristianos. Mamertino dió parte á Trajano de la resolución del Pontífice, y el emperador destier-

role al Quersoneso. Al despedirse Clemente del prefecto, dijole éste derramando lágrimas: «No dudo que el Dios que adoras te asistirá en tu destierro, consolándote y dándote fuerzas para sufrir los efectos de la proscripción que padeces por su gloria».

Vé, pues, esclarecido pontífice, marcha á la isla del Quersoneso Sáurico: son muchos los que allí necesitan tus auxilios; tú serás el escudo de los que han pecado por la verdad, tú el consuelo de los que gimen bajo el cetro de la tiranía, tú el sostén de los que peligran, tú alcanzarás también allí gloriosas conquistas. Vedle ya á ese glorioso Papa, augusto por su nacimiento, ilustre por sus méritos, venerable por sus canas, y aún más por su santidad, precisado á trabajar en las minas. Vedle bajar á profundas y espantosas cavernas, cabar la tierra como un miserable delincuente, y regarla con el sudor de su frente. ¿Creeis que se debilita por eso su constancia? ¿Que se disminuye su valor? ¡Ah! La piedra adquiere más solidez y belleza más incomparable golpeada con el martillo del que la pulimenta: el arbusto, herido con la podadera del labrador, brota nuevos tallos y arroja vástagos nuevos que se elevan á una altura gigantesca. Así la fé de nuestro Santo acreciase tanto más, cuanto más tormentos sufría por ella; porque era piedra de precio inestimable destinada á embellecer la Jerusalén celestial, y arbusto de raro mérito, cuyo ramaje debía adornar el Edén delicioso del Dios de los mártires. ¡Con qué celo trabaja Clemente en su destierro! ¡Con qué constancia se consagra á las penosas tareas del ministerio pastoral! Todo para todos, no reconoce distincion alguna entre el señor y el esclavo, entre el cristiano y el ídólatra. Bien así como un sol, que derrama su luz indistintamente sobre el que bendice sus benéficos rayos, no ménos que sobre el que le lanza maldiciones porque no puede soportar su claridad, el amante pastor esparce donde quiera las luces de la doctrina evangélica, y derrama sobre toda clase de personas los beneficios de la religion. Todos admiran en él una dulzura sin ficcion en el trato de sus semejantes; una benignidad sin flaqueza en tolerar los defectos de los débiles; con la virtud se le encuentra siempre complaciente, con el vicio austero pero prudente; como el ángel de la paz desarma á la discordia y contiene la venganza; como el génio de la fortaleza confunde el error. Los cristianos le aman como padre que los protege, como maestro que los aconseja, como una providencia que vela sobre ellos para procurar su bien espiritual, y, en cuanto puede, suavizar sus penas.

Hallábanse desterrados en aquella isla dos mil cristianos, á quienes ninguna cosa atormentaba tanto como el insoportable ardor de

la sed que los abrasaba. Era aquel lugar tan árido y seco, que, entre los peñascos enriquecidos con venas de oro y plata, no se encontraba una sola vena de agua, siendo preciso traerla con gran fatiga de un sitio muy distante. Movido Clemente del trabajo y de las lágrimas de aquellos ilustres desterrados, se volvió al Señor, y suplicóle se compadeciese de aquellos sus fieles en tan extrema necesidad. Su oracion fué oída: apareciósele Jesucristo en figura de un cordero, y con el pié le señaló una fuente de agua viva que brotó de repente de una peña. Los cristianos bendijeron á Dios por haberles enviado un nuevo Moisés; los adoradores de los ídolos quedaron estupefactos, y luego se convirtieron á la fé. ¿Qué consuelo tan indefinible era para el santo Pontífice ver multiplicarse de dia en dia los cristianos, que le aclamaban, unánimemente, su padre en Jesucristo! Al contemplar un cambio tan feliz, cual se habia realizado en centenares de hombres, que poco há miraban con encono el simbolo de la redencion, y ahora le abrazaban con ternura; que ántes blasfemaban del Evangelio, y ahora le miraban como el tesoro más inestimable, su corazon no podia contener las avenidas de júbilo que le inundaban, y bendecia con toda la efusion de su alma al autor de tamaños prodigios.

El emperador Trajano, por el contrario; así que tuvo noticia de tantas conversiones llenóse de ira, y ordenó al prefecto Anfidio, que nada omitiese para que los convertidos, en vista de aquel portentio, volvieran al culto de los ídolos. Llamólos el prefecto, hablóles un lenguaje dulce y seductor; pero hallóse á todos incontrastables: sus lisonjas les inspiraban el más marcado desprecio. Dióles una corta tregua para deliberar acerca de su eleccion: ó sufrir los más atroces tormentos, ó tributar otra vez culto á los ídolos. Todos mostráronse tan indiferentes á sus amenazas como se habian mostrado insensibles á sus lisonjas. La sangre de aquellas sagradas victimas corrió en abundancia, hasta que el prefecto, viendo que todos se presentaban decididos á morir ántes que desertar de sus nuevas creencias, juzgó más acertado perdonar á la muchedumbre, y castigar únicamente á la cabeza.

Hizo comparecer en su presencia al Santo; y cuanto no trabajó el prefecto para obligarle á renunciar á Jesucristo! Qué de recursos no agotó para ablandar aquel pecho de bronce! Ora intenta insinuarse en él con lisonjeras promesas; ora pretende aterrorizarle con feroces amenazas; pero viendo que todo era inútil, sentencióle á muerte; y para que no quedase entre los fieles reliquia suya que pudiese consolarlos, mandó que le arrojasen al mar con una grande áncora al pescuezo. Fué, pues, precipitado en el mar á vista de sus queridos hijos, que con los ojos y el corazon seguían á su amado padre. De

repete dos discípulos del santo pontífice exclaman: «Hermanos, pidamos á Dios que se digne descubrirnos las reliquias del santo mártir.» Arrodillanse todos, empiezan á orar, y al punto el mar se retira hácia adentro, dejando el suelo enjuto para que todos pudiesen visitar el milagroso sepulcro que el Señor habia preparado al santo mártir en medio de las ondas, y en el profundo de su abismo. Asombrados del prodigio comienzan los fieles á caminar á pié enjuto por el lecho que ocupaban ántes las aguas, y se hallaron con un templo de mármol, fabricado por mano de ángeles; un sepulcro, en que estaba el cuerpo de san Clemente, y al lado de él la áncora con que habia sido arrojado al mar. Todo el país quedó sobrecogido de asombro; al asombro sucedió el convencimiento de la divinidad de nuestra santa fé; al convencimiento la simpatía; de la simpatía se engendró el amor; el amor produjo el entusiasmo, que hizo abrazar á todos los circunstantes la verdadera religion; de suerte, que no quedó alli ningun pagano, ni judío, ni hereje.

Confesemos, pues, que Clemente, con su muerte, engrandeció tambien al Señor. Su vida fué un ejemplar de virtudes en la que se vió retratada la perfeccion del Evangelio; su muerte fué un modelo de celo y de constancia, en que se ostentó de un modo admirable su divinidad. Viviendo, hubo de luchar con el vicio, hacer frente al error, y triunfar de la seduccion; y en esta guerra tan peligrosa salió vencedor, sin que su alma se contaminase con los impuros miasmas de la corrupcion, que infestaban un suelo víctima entónces de la iniquidad poderosa. Muriendo, hubo de combatir la lisonja unida á la crueldad; y ni la crueldad pudo acobardarle, ni la lisonja moverle á desertar de los estandartes de Jesucristo; por manera, que vivió como santo y murió como héroe; y en todos conceptos tuvo derecho á decir con el Apóstol: «Engrandecido será Cristo en mi cuerpo, tanto en la vida como en la muerte.»

Animémonos, hermanos míos, á marchar por las huellas que nos dejó marcadas San Clemente. Herederos de su fé, seámoslo tambien de sus virtudes: depositarios de sus creencias, no desdigamos de su constancia en sostenerlas. Triunfemos como él de los vicios del mundo, ofreciendo en nuestra vida una prueba ostensible de la santidad del Evangelio: triunfemos de sus lisonjas y de sus errores, dando, si es necesario, con una muerte gloriosa, un testimonio inequívoco de su divinidad. ¿Quién nos lo impide? El Dios de Clemente es nuestro Dios; seámosle fieles, y todo lo podremos con su gracia. Dichosos entónces en esta vida, lo seremos incomparablemente más en la mansion de la inmortalidad, que á todos os deseó.

PANEGÍRICO

DE SANTA COLETA, VIRGEN

Y REFORMADORA DE LA ÓRDEN DE SANTA CLARA.

Optimam partem elegit quae non auferretur ab ea.

Ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada.

(Luc. x, 42.)

La perfeccion evangélica es una montaña de una altura incommensurable. Sus bases arrancan desde los hondos fundamentos de la fé y de la humildad; su cima, descollando sobre todo lo terreno, vá á esconderse allá entre las nubes de gloria. La perfeccion evangélica es una escala, que desde nuestro corazon se levanta hasta Dios. Compartida está en escalones diversos; ángeles suben y bajan; es una vía de comunicacion que Dios nos abre, y por la que nosotros debemos ir continuamente; sea ascendiendo con afectos y aspiraciones, sea descendiendo para ejercitarnos en las obras de caridad.

Bien sabeis, católicos, que aún en el universo visible, en el globo que habitamos, hay diferentes mansiones, y que sirven de mansion respectiva á tal ó tal clase de seres. El pez habita en las aguas, el cuadrúpedo paca en las praderas, la casera paloma apenas levanta su vuelo sobre los tejados, el pajarillo se cierne en los aires, el águila se eleva hasta los confines del éter. Mas allá, otra clase de seres más sutiles y ménos complicados que los terrestres animales. Todo en la creacion forma y constituye una graduacion admirable, que aunque distinta en sus partes integrantes, forma un conjunto armonioso, ordenado, multiforme.

Igual paridad se manifiesta en el místico universo de las relaciones del alma con la divinidad. Hay almas que no osan levantarse, y se están quedas en las regiones inferiores de la gracia. Hay otras,